

HORN, F.: *Ibères, grecs et puniques en Extreme Occident. Les terres cuites de l'espace ibérique du VIIIe au IIIe siècle av. J.-C.*, Casa de Velázquez, Madrid 2011. 388+xi pp. [ISBN 978 84 96820 64 7]

JORGE GARCÍA CARDIEL  
Universidad Complutense de Madrid  
jgarciacardiel@pdi.ucm.es

Cuando uno emprende el estudio de determinados aspectos de la cultura ibérica, resulta desazonador toparse con la escasez de las fuentes históricas disponibles. Contadas referencias literarias, diversas escrituras que no podemos traducir, esculturas descontextualizadas, yacimientos expoliados... forman parte de los cabos deshilachados a los que debe aferrarse el investigador para tratar de urdir con ellos un discurso histórico consistente que permita avanzar en la construcción del conocimiento. Ahora bien, en ocasiones, la fragmentariedad de las fuentes debe achacarse a los propios historiadores. Resulta cuando menos llamativo que un *corpus* de más de un millar de terracotas figurativas recogidas por todo el ámbito geográfico ibérico no hubiera sido hasta el momento catalogado ni objeto de un estudio como el que tenemos entre manos.

El volumen que aquí presentamos es la versión actualizada de la tesis doctoral defendida en el año 2005 por Frédérique Horn, investigadora de la Universidad de Estrasburgo, bajo la dirección de A.-M. Adam y con la ayuda en España de P. Rouillard y R. Olmos y las instituciones que éstos representan, la Casa de Velázquez y el CSIC.

En su tesis doctoral, F. Horn asumió el reto de analizar en profundidad los centenares de terracotas provenientes del área ibérica y datadas a lo largo de toda la Edad del Hierro. Si la coordenada cronológica que se marcó la arqueóloga resulta de sumo interés (pues el análisis sincrónico y cuidadoso de las diferentes producciones a lo largo de seis centurias permite reparar mejor en los diferentes procesos coadyuvantes), más atractiva nos resulta aún la decisión de la autora de no estudiar las terracotas producidas por una cultura o utilizadas por otra, sino que optó consciente y reflexivamente por analizar todos los artefactos de este tipo producidos o empleados por todas las civilizaciones que, a lo largo de la Edad del Hierro, compartieron un mismo medio geográfico. Creemos que ésta es la única forma de profundizar con suficiente rigor en un espacio como el ibérico, *middle ground* configurado durante siglos, en el que identificar en cada momento qué era ibérico, qué fenicio, qué griego y qué púnico depende en ocasiones mucho más del criterio subjetivo del historiador que de la realidad histórica recuperable a través de las fuentes.

F. Horn arranca su texto con una introducción en la que defiende su materia de estudio y las coordenadas cronogeográficas en las que éste se desarrollará (fijando los

límites del mundo ibérico a través de las diversas escrituras, el registro arqueológico y las fuentes clásicas, en una justificación que se interna en un problema demasiado complejo como para tratarlo con garantías en tan pocas páginas, pero quizás resulte necesaria para los investigadores franceses). Este apartado introductorio contiene también un bloque historiográfico en el que F. Horn desgrana la corta lista de los autores que han dedicado estudios específicos (siquiera en artículos) a las terracotas del área ibérica, bloque que significativamente aparece encabezado, en un guiño de la autora, con una cita de Isócrates (*De Permutatione* 15,2) en la que el griego ningunea a los coróplatas de su tiempo al negarles toda comparación posible con los grandes artistas: pintores, escultores y arquitectos.

El cuerpo del volumen ha sido estructurado en cuatro grandes bloques: un análisis cuantitativo y estadístico del *corpus*, un estudio más detenido de las terracotas halladas en los centros coloniales, un análisis de los artefactos provenientes del mundo ibérico *sensu stricto*, y una última parte dedicada a las interacciones entre las diversas culturas en liza a través de las terracotas.

En el primero de estos bloques, F. Horn lleva a cabo un completo análisis estadístico de las terracotas comprendidas en su catálogo. Así, se detiene en primer lugar en las terracotas antropomorfas, de las que construye una tipología exhaustiva, presentando análisis cuantitativos de cada grupo según criterios formales y geográficos, y reparando en el diverso comportamiento que los exvotos de terracota presentan respecto a los exvotos de bronce o piedra, dificultad que soluciona aduciendo el distinto carácter de los santuarios (y de las divinidades en ellos adoradas) en los que aparece un tipo u otro de ofrendas. Acto seguido, la autora estudia la repartición cronológica y geográfica de estas terracotas antropomorfas, atendiendo también al tipo de contexto (hábitat, necrópolis o santuario, griego, púnico o indígena) en el que se documentan. En segundo lugar, F. Horn se detiene en los *pebeteros* o quemaperfumes con forma de cabeza femenina tocada con *kalathos*, ponderando y criticando las tipologías manejadas anteriormente y proponiendo ella una nueva, basada en el análisis de dos variables decorativas (la presencia o no de aletas, y de decoración en el *kalathos*), obteniendo así una serie de tipos cuyos paralelos en el mundo mediterráneo y distribución por la Península Ibérica evalúa. A continuación, la autora disecciona descriptivamente cada parte y motivo decorativo de los pebeteros, estudia sus posibles usos (desmontando la teoría de Ruiz de Arbulo al respecto, y defendiendo que estas piezas tendrían unos usos variados según el contexto que aún cabe esclarecer en cada caso), y analiza su contexto de aparición, para terminar retomando el ya viejo debate sobre el origen, la difusión y la interpretación cultural de estos artefactos, opinando la autora que la procedencia siciliana del tipo es incuestionable (aunque no tiene sentido intentar concretar de qué ciudad), y proponiendo que representarían más bien a Tanit que a Démeter. En tercer y último lugar dentro de este bloque, el texto se centra en las terracotas zoomorfas, planteando que su interpretación no puede ser directa, sino que la imagen de estos animales aludiría a cuestiones ideológicas más complejas, razón por la que su representación detallada no es una cuestión prioritaria para el artesano. Una vez más, F. Horn nos presenta un análisis estadístico detallado de este tipo de terracotas, estudiando sus tipos, cronología y proveniencia, para proceder a continuación a detenerse sucesivamente en cada animal, intentando profundizar en el significado simbólico último de cada uno de ellos.

El segundo bloque es el dedicado a la coroplastia de las sociedades coloniales presentes en el área ibérica. Aparece dividido en dos capítulos, centrados respectivamente en las colonias griegas y en los asentamientos feniciopúnicos, realizándose en cada uno de ellos un recuento de los materiales y un análisis de su origen, métodos de producción y/o mecanismos de importación, y de la presencia de terracotas en necrópolis y santuarios de cada ámbito cultural. Para el caso de Ampurias y Rhode, F. Horn propone la identificación de un tipo local de terracotas, y que buena parte de las importaciones llegarían de manera esporádica desde el Mediterráneo Central a través de Ibiza; contrapone la presencia ocasional de terracotas en las necrópolis emporitanas a la ausencia de éstas en los cementerios marseleses, e interpreta buena parte de las terracotas que aparecen en los santuarios emporitanos (en realidad muy pocas) en clave ya de la introducción en la ciudad de la religiosidad romana. Por lo que respecta a las terracotas de los yacimientos fenicio-púnicos, repasa en la importancia y continuidad del culto a la diosa Astarté que atestiguan la mayor parte de ellas (aunque algunas podrían estar indicándonos más bien la asimilación de la figura de ésta con la de Tanit) y en la ausencia de terracotas en las necrópolis andaluzas al contrario de lo que sucede en los demás ámbitos púnicos del Mediterráneo, y analiza los talleres locales de Gadir y Baria, el primero atestiguado arqueológicamente pero el segundo deducido a partir de un concienzudo estudio tipológico.

De las terracotas propiamente ibéricas se encarga el tercero de los bloques de este volumen. En primer lugar, la autora se centra en el proceso de producción, para el análisis del cual, ante la falta de estructuras arqueológicas identificables como talleres, acomete el estudio exhaustivo de las producciones para rastrear la existencia de series, “generaciones” y variaciones que testimonien la presencia de talleres locales, método que es aplicado a los conjuntos de terracotas más numerosos, los de la Serreta (concluyendo que la vida de este taller fue muy corta, y que abasteció únicamente al propio enclave) y Coimbra del Barranco Ancho (para el que deduce que el taller hubo de mantenerse en uso durante un período de tiempo prolongado, y que se especializaría en máscaras y pebeteros para el santuario, si bien hipotetiza la existencia de un segundo centro de producción que abasteciera al hábitat y a la necrópolis). En segundo lugar, la autora pasa a estudiar la presencia de terracotas en las necrópolis ibéricas, describiendo primeramente la difusión de su uso (con una mayor concentración en el sureste peninsular), determinando mediante la antropología física y los estudios estadísticos que las terracotas serían amortizadas sobre todo en las tumbas más ricas. Finalmente, la atención de la autora se centrará en las terracotas halladas en los santuarios ibéricos, realizando sendos recuentos y análisis estadísticos aplicados a santuarios urbanos, suburbanos y rurales, y profundizando en el análisis de los bustos pintados de Edeta (que identifica con vestigios del culto a los ancestros) y de las terracotas halladas en grutas (que relaciona con el culto a las diosas madres y con rituales de iniciación masculina). El capítulo termina con una reflexión de F. Horn sobre la eterna cuestión de si la iconografía antropomorfa ibérica, y sobre todo los pebeteros, representaban divinidades o seres humanos, aduciendo la autora, creemos que con clarividencia, que en muchos casos las imágenes serían ambivalentes incluso para los propios iberos.

El último bloque del libro, posiblemente el de una aproximación más interesante en nuestra opinión, se dedica a analizar los intercambios culturales habidos en el área ibérica, para lo que analiza las terracotas producidas en un ámbito cultural y utilizadas

en otro, y aquéllas otras piezas en las que una influencia foránea es claramente perceptible. Para ello, empieza centrándose en los intercambios entre griegos e iberos, primero en la propia ciudad de Ampurias (la autora se muestra confiada respecto a la existencia de la controvertida *bípolis* de la que hablan Estrabón y Tito Livio, y además describe los posibles canales de contacto entre ambas comunidades a través de la epigrafía y las fuentes literarias, analiza la presencia ibérica en las necrópolis emporitanas y recuenta las terracotas ibéricas halladas en la ciudad), después en el Golfo de León (donde las terracotas griegas son muy escasas más allá de la *khora* inmediata de Ampurias y Rhode, y casi inexistentes en el Languedoc-Rosellón), y finalmente en el resto de la fachada levantina (donde la autora cree que efectivamente se encontrarían las polémicas ciudades masaliotas mencionadas por Estrabón, y para la que F. Horn cree detectar unas mismas tendencias comerciales en la importación de terracotas griegas respecto de la importación de cerámica griega) y Andalucía (donde sólo se documentan dos terracotas griegas, en Huelva y procedentes de la Grecia Oriental). En segundo lugar, la autora estudia las interrelaciones entre púnicos e iberos, realizando un recuento de las importaciones de terracotas púnicas en el mundo ibérico y analizando las influencias púnicas recibidas en las producciones indígenas, utilizando como casos de estudio los pebeteros de la Albufereta, las cabezas pintadas de Edeta y las cabezas masculinas de la Serreta, deduciendo a partir de todas ellas la posible presencia de artesanos púnicos en los talleres indígenas; a continuación, F. Horn nos ofrece un repaso por los aspectos más controvertidos de las fuentes literarias antiguas en lo que se refiere a la relación entre púnicos e iberos, discutiendo críticamente los términos de los tratados romano-cartagineses, el famoso cierre del Estrecho por parte de Cartago, o la intervención armada de los ejércitos púnicos en auxilio de Gadir, y concluyendo que las relaciones entre ambas culturas posiblemente se circunscribían antes del 237 a.C. a términos puramente comerciales. El capítulo se cierra con un análisis de las redes de intercambio púnicas en el levante peninsular, que le sirve a la autora para demostrar que los lugares en los que aparecen más terracotas púnicas o punicizantes son los mismos en los que las poblaciones indígenas se muestran más receptivas al comercio semita.

El libro así estructurado se remata con un capítulo conclusivo (que compendian muy resumidas las principales deducciones presentadas), una completísima bibliografía, y un CD-ROM en el que se recogen las imágenes y fichas del millar de terracotas catalogadas por la autora, así como un pequeño comentario de los varios centenares de yacimientos mencionados. Por lo demás, el volumen ofrece una magnífica y muy explicativa cartografía, además de abundantísimos gráficos y una larga serie de ilustraciones.

La obra de F. Horn, por tanto, nos parece un análisis espléndido y muy trabajado de un abundantísimo *corpus* arqueológico que hasta el momento permanecía disperso y en muchos casos prácticamente ignorado por la investigación. La labor de catalogación ha sido ingente, así como la construcción de tipologías, aunque estas últimas en ocasiones diríamos que pueden parecer quizás demasiado exhaustivas (la formulación de tipos en los que sólo se puede integrar una única pieza puede ser a veces interesante, pero no creemos de verdadera utilidad organizar por ejemplo 19 terracotas de toros en siete subgrupos diferentes, o analizar estadísticamente el grupo de “terracotas procedentes de santuarios suburbanos ibéricos” cuando más del 70% de las mismas proceden de sólo un yacimiento).

Consideramos, como decíamos anteriormente, un gran acierto de la aproximación de la autora su decisión de tomar como protagonista del estudio “el espacio ibérico”, analizando por igual a las distintas gentes que en él convivieron y observando las terracotas como producto de las interrelaciones entre ellas. Ahora bien, nos hubiera gustado encontrar una discusión explícita del espacio colonial del que en última instancia se está hablando, discusión que permitiera valorar hasta qué punto podemos hablar de *colonos* orientales en el siglo VI a.C., o de qué manera podemos aceptar las noticias estrabonianas sobre las ciudades massaliotas de la costa alicantina.

Finalmente, echaríamos quizás en falta una mayor profundidad en las interpretaciones expuestas, profundidad para la que probablemente no haya habido lugar en una obra como ésta en la que la labor de catalogación y análisis estadístico ha debido ser fundamental. Ahora bien, de lo que no hay duda es de que este volumen nos presenta un *corpus* ordenado de materiales cuya discusión ofrece un sinfín de cuestiones enormemente sugerentes de las que los investigadores deberán ocuparse en los próximos años.

Así pues, creemos que el libro de F. Horn es acreedor de un mérito enorme, pues no sólo ha sabido encontrar y poner de relevancia un importante sector de la arqueología ibérica prácticamente ignorado hasta el momento, y no sólo ha conseguido reunir la mayor parte de las piezas distribuidas por los diferentes museos y las ha expuesto lógicamente y razonadamente, sino que también (y sobre todo), ha sabido captar multitud de problemas historiográficos de enorme interés que se pueden abordar desde una nueva perspectiva gracias al estudio de las terracotas, y ha conseguido (como los buenos libros) lanzar al aire una miríada de nuevos problemas que deberán ser abordados a tenor de los nuevos materiales compendiados.